

Toda la correspondencia al Administrador D. G. Oaler, Espíritu Santo, 18.—Madrid.

El Mundo Femenino

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes. Número atrasado 25 céntimos.

Suscripciones: Por 6 meses 2'50 pesetas. — Por un año 4. — A los corresponsales 2'50 la mano.

EL PADRÓN MUNICIPAL — Por E. de la Cerda



—¿Cómo se llama Vd.?
 —Como Vd. quiera.
 —¿Edad?...
 —La... que Vd. quiera.

—¿Naturaleza?
 —Robusta...
 —¿Entonces Vd. debe ser... doña Mito?...
 —Lógica... En efecto: hago de Venus en el baile francés y en otros bailes.

POBRE... CHICA...

Qustedes habrán oído decir alguna vez, y acaso hayan caído en la inocencia de creerlo, que el teatro moraliza, que es un auxiliar poderoso de la civilización, que es una escuela de las buenas costumbres, y que fustigando á la sociedad con esos sermones en acción se realiza aquello de *castigat ridendo mores* (corrige las costumbres riendo.)

A mí no me acusa la conciencia de haberlo creído nunca, como no creo en lo del sacerdocio de la prensa, ni en la influencia del aceite de bellotas en las calvicies.

Todavía no he visto ninguna *traviata* morir redimida por el amor como *Violetta*, ni ninguna señora casada de esas que faltan á sus deberes con bastante frecuencia sonrojarse ni arrepentirse al presenciar un drama de los que Echegaray escribe, capaces de poner el pelo de punta á la adúltera más contumaz y atrevida.

En cambio he oído á muchas jovencitas honradas expresarse en términos que hacían sospechar que de buena gana serían *traviatas* para morir de amor, y he visto copiadas por algunas señoras las jugarretas de que son víctimas algunos *predestinados* de comedia.

Ahora llega á mis noticias un caso de epidemia por contagio en el teatro que me asegura más en mis creencias, ó más bien en mis excepcionismos acerca del efecto moral que produce el teatro.

Sinfioriana es una chica que vino de Miguelterra con el pelo de la dehesa. Inocentona, honradota, buena, en fin, como un pedazo de pan en día de hambre.

Entró á servir á una familia acomodada, que cuando vió en ella tan excepcionales condiciones, creía estar soñando, porque conseguir en Madrid una sirvienta que no sise, que no tenga uno ó dos novios, que no haga la cara bonita al señorito, y que no replique, va siendo lo mismo que encontrar la piedra filosofal ó un esqueleto de plesiosauro, raza de animal antediluviano completamente extinguida hace muchos millones de siglos.

Si la daban «tres duros para comprar,» volvía con todo lo pedido por la señora y dinero de vuelta; salía sólo con los amos, y era un puercoespín para el asistente del coronel, que vivía en el entresuelo, y que se moría por sus pedazos y por... sus ahorros, porque el asistente, como toda la vecindad, sabía que Sinfioriana dejaba en poder de su ama sus tres duros de salario, y que en tres años que llevaba en la casa tenía ahorraditos ochenta y cinco duros, pues sólo se había permitido gastar veintitres en tres ó cuatro vestidos de percal y un mantón de abrigo.

Pero cate Vd., que de algunos meses á esta parte la Sinfioriana comenzó á sacar los pies del plato con gran asombro de sus amos.

Pidió á la señora sus mil setecientos reales, que dijo iba á depositar en casa de un paisano manchego que tenía comercio de quesos, y que la había prometido duplicarle el capital en un año. No volvieron á aparecer aquellos milagrosos residuos de los tres duros de la compra; antes bien, siempre la señora salía debiendo algo á la Sinfioriana, á la que su ama sorprendió una noche contando unos durejos que guardados tenía en una media vieja, y cuyo origen era algo sospechoso.

Item más: la muchacha, que ya llevaba polisón y *matinée* bordado y flequillos rizados y botitas de tacón de garrucha, perdía visiblemente sus hermosos colores manchegos, y sentía cierto malestar que una mujer casada como su ama supo traducir al lenguaje vulgar:

Cuando salía tardaba un siglo, y en la casa no tenía cabeza para nada, hacíalo todo atropelladamente, y solía contestar con impaciencia y malos modos á su ama.

Por último: ésta sorprendió en los ojos de Sinfioriana ciertas miradas oblicuas, y en su boca ciertas sonrisas seductoras que iban directamente á clavarse en el bueno de D. Cosme, á quien no parecían asustar aquellos arrumacos de la Sinfioriana.

Una tarde, cuando D. Cosme se preparaba á salir, la Sinfioriana pidió permiso para ir á buscar á su paisana la mujer del de los quesos, é ir juntas al teatro, como otras veces habían ido.

Pero cuando Sinfioriana, muy peripuesta y enjabelgada de polvos, y oliendo á rica esencia de aloysia y á pomada de opoponax, salía de su cuarto, tropezó en el pasillo con D. Cosme, y algo vió y oyó la señora, que puso sus nervios en tensión, porque como un Júpiter tonante empezó á lanzar rayos sobre la ya civilizada mancheguita, á la que despidió *ipso facto*.

—¿Dónde habrá aprendido todo eso esa tunanta? decía aún la señora en lo alto de la escalera.

Y la respondió una voz argentina que cantaba escalera abajo:

Pobre... chica...
la que... tiene que servir...

—¡Ah! ¡pícaro! ya se en qué escuela has aprendido esas lecciones.

Y la voz continuó cantando:

Pero viendo que estas cosas
no me hacían prosperar,
consulté con mi conciencia
y al punto me dijo, aprende á sisar.

—Basta, basta, ya sé de dónde es eso, rugió la señora cerrando la puerta, y encarándose con don Cosme, que permanecía petrificado en medio del pasillo, exclamó con irónico acento:

—Anda, anda, que

te espera en Eslava tomando café.

La gran vía había abierto otra en la conciencia de Sinfioriana.

La gran vía de la prostitución.

LUDOVICO.

CUENTOS

Arturito y Justina cenan amigablemente en casa de la última.

De pronto llaman á la puerta con un gran campanillazo.

La doncella de Justina entra temblando.

—Señorita, el señor...

—¡Mi viejo! escóndete, por Dios, en mi tocador.

Sigue un ruido infernal. Gritos, recriminaciones, amenazas...

—¡Para esto te entretengo, tunanta! ¿Dónde está ese bribón? Voy á matarle.

Arturito se prepara con una bota en cada mano.

—Es un cobarde si no sale, dice la irritada voz del viejo.

Arturito descorre el cerrojo, y el *mantenedor* entra á oscuras en el tocador.

Suenan dos golpes. Arturo acaba de descargar sus armas sobre los mofletudos carrillos del viejo.

—¡Socorro! grita la víctima.

Justina entra con una luz.

Arturito queda como la mujer de Loth, convertido en estatua, y exclama:

—¡Gran Dios! ¡Mi papá!

—Qué bueno eres, y cuánto me amas, Adolfo.

—¿Por qué lo dices, Lucía?

—Porque supongo que este aderezo, que aún lleva la etiqueta de Marzo, lo habrás tomado para mí.

—Nó, querida mía; ese está ya destinado.

—¡A otra! ¡Pérfido!

—Nó, hija, está destinado... al Monte de Piedad.

Marzo me pasa las cuentas por años, y para entonces... Estamos en Setiembre... y aún no he pagado el abono del Real.

Entre dos rivales.

—Precioso traje, condesa.

—¿Le gusta á Vd., duquesa?

—Sí; pero no me va bien.

—En efecto, este vestido no es para *ciertos* cuerpos...

—Por eso lo vendí á la Estrella del Norte, porque me lo sacaron demasiado estrecho...

—Oiga Vd., Juanito, hace cinco años que está usted entreteniéndome á mi hija ¿Por qué no se casa usted ya?

—Por eso.

—¿Por qué?

—Porque yo no me caso con una entretenida.

Una señorita á un viejo incorregible que se compone:

—¿Hasta cuándo va Vd. á estarse tiñendo las canas, amigo mío?

—¡Psh! Querida mía, aún no soy suficientemente virtuoso para exigir el respeto debido á mis cabellos blancos.

LA GRUTA DEL MAL ENCUENTRO

Á Oscar no le gustaba la pesca, pero desde que se hallaba en los baños de mar sólo pensaba en la pesca de cangrejos, por dos razones concluyentes.

Tenía por vecina de mesa una encantadora inglesa, rubia como... una inglesa y completamente deliciosa. Iba acompañada de un aya de rostro y formas tan feos como pudieran apetecerse. Tal era la razón primera.

La segunda: había descubierto en la costa una gruta oscura muy cómoda para una cita amorosa, é imaginó que la pesca de cangrejos sería un plausible pretexto para atraer á ella á la joven inglesa.

Una vez allí prometíase declararle su amor y

aun probárselo, si no se mostraba muy resistente á la demostración.

Las cosas marchaban satisfactoriamente.

Oscar encontró la ocasión tan deseada de organizar una expedición de pesca de cangrejos sobre las rocas.

Consultada el aya, contestó, mirando al joven con ojos de carnero moribundo, que nada podía negarse á tan cumplido caballero.

Oscar dió media vuelta no sin decir en voz baja á la encantadora joven:

—Esperaré á Vd. en la pequeña gruta que hay hacia la punta... sobre todo, vaya Vd. sin miss Sausage; esa aya es insoportable.

—¡Oh! sin embargo, está enamorada de Vd.

Miss Sausage había oído toda esta conversación en voz baja, y se puso colorada como una acerola.

La cita se había fijado para el día siguiente á una hora convenida.

El diabólico Oscar salió delante á paso ligero y fué á instalarse en el fondo de la gruta en el ángulo más oscuro.

No esperó mucho tiempo.

En breve la arena crugió bajo unas ligeras plantas.

—¿Es Vd. preguntó el joven?

—Yes, respondió una voz débil y temblorosa por la emoción.

Puede figurarse el lector lo que allí ocurrió; el impetuoso Oscar cayó á los pies de la encantadora inglesa, y no obstante la oscuridad supo encontrar el medio de tomar lo que no le rehusaban.

—Ahora, dijo ella en voz baja, es preciso que te deje; no me sigas; tú saldrás después que yo.

Cuando Oscar salió de la gruta, la primera persona que encontró fué justamente á la joven.

—No se ha marchado, pensó. ¡Me estaba esperando!

Aproximose á ella con cierta turbación, pero más cariñoso que nunca.

Ella fijó en él sus ojos de plácida mirada.

—Le esperaba á Vd. dijo. ¿No quiere Vd. pescar más, según veo?

—¡Oh! sí, respondió el joven Oscar, en el colmo de la exaltación... ¡Pescaré tanto como quieras!...

Y diciendo esto cogió á la joven en sus brazos.

Esta, aterrada se defendía gritando:

—¡Socorro! ¡Socorrooooo!

—Cómo, dijo Oscar; ¿quieres hacerte la cruel después de lo que ha pasado entre nosotros?

—¡Qué ha pasado, caballero! exclamó la joven indignada, consiguiendo al fin desembarazarse de los brazos de su raptor.

—¿Cómo que ha pasado?... ¡Está bien!... ¿Pues qué, hace un momento... en la gruta, no la he probado á Vd. mi amor?

—¡Yo no he entrado en la gruta!

—Con que Vd.... Vd. dice que no ha entrado... tartamudeó Oscar.

—Nó; y en cuanto á su amor, yo le desprecio; estoy pedida y debo casarme la próxima semana.

—Pero... ¿entonces quién era la de la gruta?

—¡Ay! el desdichado lo supo pronto. Bastóle sólo durante el almuerzo observar la mirada vencedora que le lanzó miss Sausage para comprender toda la horrible verdad.

Era la larga y coriácea aya la que le había hecho el más dichoso de los hombres.

Oscar, aterrorizado, hizo conducir su maleta á la estación del ferrocarril y tomó el primer tren.

LA CREACIÓN DE LA MUJER POR CHORBI



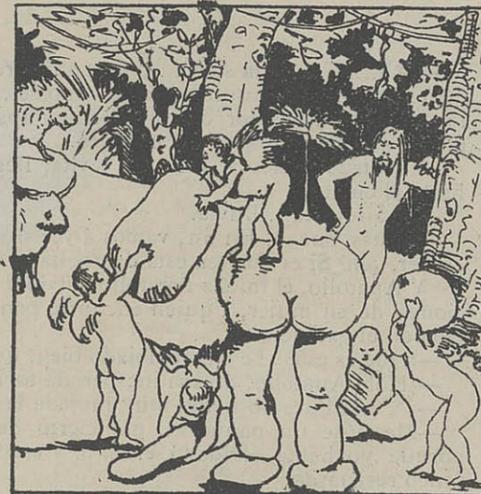
Neveba en el Paraiso, y Adán tiritaba debajo del árbol del Bien y del Mal.



Y dijole á Dios: "Señor, dame algo conque yo entre en calor y que consuele mi alma."



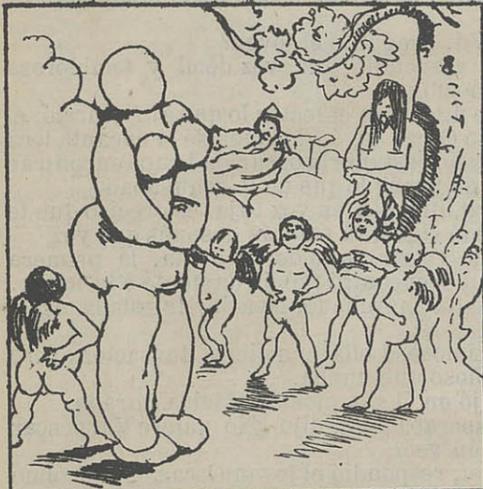
Y aparecieron varios angelitos que rodaban bolas de nieve, y le dijeron: "Vamos á darte lo que pides, Adán."



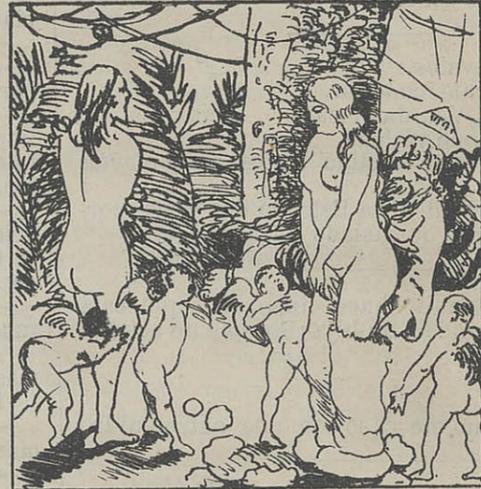
Y cada grupo aportó una masa de nieve, que iban uniendo entre sí.



Y resultó un mamarracho, sobre el que los angelitos comenzaron á tirar bolas de nieve, riéndose de su propia obra.



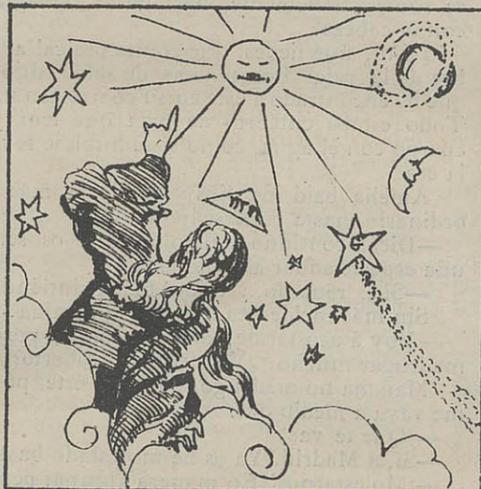
Dos de aquellas bolas quedaron adheridas sobre lo que parecía el pecho de aquella creación monstruosa.



Apareció Jehová, y dijoles: "Sois muy malos escultores; esto se hace así." Y con su dedo comenzó á delinear unos divinos contornos y apareció Eva.



Señor, exclamó Adán: "Es hermosa, pero fría. Dale calor á su cuerpo y á sus ojos."



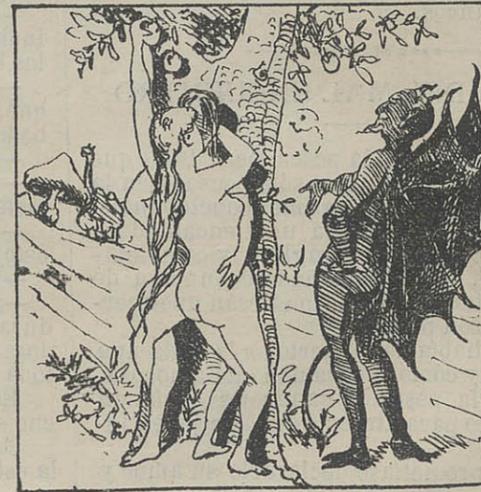
Imposible, contestó Dios. Todo lo que tenía lo he invertido en mis soles y mis estrellas. Llama á Luzbel, que tiene de sobra en el infierno.



Apareció Luzbel, fijó sus ojos en los de la mujer, y de ellos brotaron rayos, que tiraron de espaldas al primer padre.



Sus ojos son de fuego, dijo Adán, pero su corazón sigue siendo de nieve.



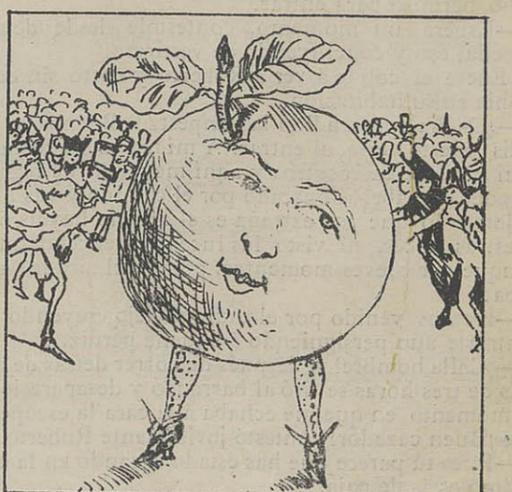
Entonces Luzbel introdujo en el corazón de Eva una ramita del árbol del Bien y del Mal, y ella abrazó á Adán con deleite.



Desde entonces la mujer, según autores, es lo mejor y lo peor de la Cón.



Poco después (¡oh, lógica de la Biblia!) era arrojado Adán del Paraiso por mor de su señora.



Y desde aquel día, el pecado de Adán, en figura de manzana, con piernas de corrote, anda por el mundo perseguido por los mortales.

Nueve meses después, un desconocido depositaba en su casa un llo que lloraba, con esta etiqueta:

«Recuerdo de la gruta»

P. YORICK.

DE 25 Á 55 AÑOS

De 25 á 35 años.—La mujer ama los placeres y la libertad que concede la posición de señora casada, se hace remontar sus diamantes, se cortan las cachemiras de la canastilla de boda para hacer batas de casa. Se lee todo, se escucha todo, se ama á un amante, la casa, las flores frescas, los arreglos domésticos. Se va de un extremo á otro del mundo para ver tapicerías antiguas. Se oyen historias de aparecidos y se hace música de Wagner.

De 35 á 40 años.—Se vuelve una, mujer de ingenio, se lee, para hablar de ellas, obras que nadie conoce. Se ama los animales, se tiene perros azules ó color de rosa; algunas veces un mono. Se ama á un joven de veintidós años, que os ama como jamás os amaron. Se ocupa una seriamente de los cuidados de la casa. Se quiere que sea la más *fashionable* de la capital. Se dan exquisitos banquetes.

De 40 á 45 años.—Se ocupa una de su salud, se devoran mil drogas, y se desaparece durante semanas enteras para cuidarse. Se toma duchas. Gustan las conversaciones íntimas y el tresillo al lado del fuego. Se ocupa de colocaciones formales y medios de aumentar su fortuna, se reforma lo inútil, se juega á la Bolsa sobre noticias más ó menos seguras. Sólo se habla con personas que se ocupan de las altas operaciones financieras. Se suman *in petto* el total que formarían todos los gastos superfluos ó inútiles que se han hecho desde hace veinte años.

De 45 á 55 años.—Un director espiritual os ha hecho amar las obras pías; hay todavía un poco de coquetería en el modo de hacer el bien que honra. Se va de una enfermería de caridad á su vestuario, de un sermón á la farmacia, á la cabecera de los enfermos, á ayudar á bien morir á los agonizantes. Vuelta completa al deber y á la familia. Vuélvese definitivamente á lo que se había olvidado: á Dios.

LA TRAICIÓN

(Continuación)

—¿Y D. Roberto? añadió el conde.

—Está en su dormitorio.

Anatolio se dirigió á la habitación de su mujer, y pidió permiso para entrar.

—Espera un momento, contestole desde dentro Amelia; estoy concluyendo de vestirme.

Fuese el conde á ver á Roberto y entró sin ceremonia en su habitación.

—¿Os ha sorprendido la tempestad? Buenos os habréis puesto, dijo al entrar. A mí me cogió cerca de aquí y pensé en vosotros y aquí me tenéis de regreso después de haberos buscado por el camino y sus alrededores: lo que me extraña es el que no hayáis oído nuestras voces, ni visto las luces que encendíamos, aunque por breves momentos, porque el aire las apagaba.

—Hemos venido por el camino viejo creyendo encontrarte aún persiguiendo á aquella perdiz...

—¡Calla hombre! si después de correr detrás de ella más de tres horas se tiró al barranco y desapareció en el momento en que me echaba á la cara la escopeta.

—¡Buen cazador! contestó jovialmente Roberto.

—Pues tú parece que has estado cazando en la era. ¡Cómo estás de paja!

—¡Ah!... sí... en la sierra... pues; allí cerca de donde te separaste de nosotros, había... no sé... un montón de paja alrededor de una hoguera apagada, y... estuve sentado un rato, y... eso será.

—¿Sentado? Pues si mira tu levita; llega la paja hasta el cuello.

—El aire... la... lluvia.

—¡Estás bueno! En fin, vamos á ver si nos dan de comer, ¿eh? Si es que esa está dispuesta...

Y Anatolio, el infeliz Anatolio volvió á las habitaciones de su mujer, á quien encontró pensativa sentada en el gabinete.

—¿Qué es eso? ¿Te has remojado bien, querida?

—¡Hola Anatolio! Sí, esa inesperada tormenta...

—¡A ver! Pues no tienes muy mojada la cabeza.

—Me puse un pañuelo... por cierto de Roberto, porque yo había olvidado el mío, y ese ha sido mi único resguardo.

Durante la comida, Anatolio charló por los codos, en tanto que su mujer y Roberto, sin atreverse á mirarle, le contestaban con monosílabos.

—¡Pues os ha puesto alegres la lluvia! exclamó al fin, viendo el mutismo de sus compañeros de mesa.

¿Estás mala? añadió, dirigiéndose á su mujer, que se sonrió tristemente, haciéndole un signo negativo con la cabeza.

¿Y tú, qué tienes, que comes tan callado, el hombre de la paja? Porque has de saber, dijo á Amelia, que he encontrado á éste en su cuarto con una facha... Todo estaba cubierto de paja que tenía pegada al cuerpo con el agua, como si se hubiese revolcado por la era.

Amelia bajó los ojos y palideció más aún de lo ordinario, hasta ponerse lívida.

—Dice, continuó Anatolio, que os sentasteis en una especie aduar abandonado...

—Sí... recuerdo... dijo Amelia sintiéndose morir.

Sin más incidentes terminó la comida.

—Voy á acostarme, dijo el conde, porque he de madrugar mucho. ¿Vendrás tú, Roberto?

Mañana no madrugo, contestó éste, porque acaso me vaya á medio día.

—¿Que te vas!

—Sí, á Madrid. Ya os he molestado bastante.

—¡Molestarnos! En manera alguna; pero en fin, si te aburres, si deseas variar de decoración y de caras, haces bien, qué diablo ¡quién como tú! Yo necesito aún permanecer aquí un mes más hasta que termine la vendimia y luego regresaremos á Zaragoza.

—He tenido carta de Madrid, dijo Roberto, en que me instan á que regrese; el ministerio está para caer y se espera que entremos nosotros á sustituirle.

—¡Ah! eso es otra cosa, señor futuro ministro de Estado... eso es otra cosa; pero como nada me has dicho hoy en todo el día de esa determinación.

—No estaba completamente decidido aún; pero veo que es indispensable...

Terminó la cena y cada cual se preparó á retirarse á su habitación respectiva.

Roberto, que no debía madrugar, pasó á la biblioteca y tomó el primer volumen que halló á mano, hojeándole distraídamente, leyendo con los ojos, sin que su espíritu, tan alejado de allí, tomase parte en aquella lectura.

De vez en cuando levantaba la vista del libro, apoyaba la cabeza entre las manos, y se abstraía en reflexiones profundas, nacidas del recuerdo de recientes sucesos.

—He sido un infame, murmuraba; me he dejado arrebatar como un adolescente por esta pasión criminal que nos ha perdido á Amelia y á mí: sí, nos ha

perdido, porque ahora es imposible romper ese lazo que nos une por la complicidad en el mismo delito. Yo... yo podría huir, olvidar entre el tumulto del mundo y las emociones de la política; ¡pero ella! ella se queda aquí, con el remordimiento en el alma, con el amor en el corazón, traicionándose cuando finja amor á su marido, traicionándole á él cuando piense en mí, que será en cada instante, en cada circunstancia de su vida. Me había propuesto ahogar dentro de mi pecho esta pasión que se había engendrado no sé cómo; había resuelto que no llegarían á ponerse en contacto los dos polos de esa pila magnética que llevábamos dentro de nosotros, y que guardaba el rayo latente en sus elementos; pero ese hombre, con su imbécil confianza, ha cerrado el circuito, el rayo se ha producido, y lo que era chispa contenida, se ha convertido en incendio devastador cuyas consecuencias no puedo prever.

Sí, sí... continuaba después obedeciendo á otra serie de pensamientos; sí, me voy, me alejo de ella. Lo que ha sido hijo de la casualidad, de las circunstancias, puede convertirse en devoradora necesidad, en hambrientas exigencias de la carne; lo que podemos considerar como delicioso sueño, puede trocarse en feroz pesadilla; lo que apenas puede dejar un ligero rastro de remordimiento en nuestras conciencias, puede llegar á ser honda huella de pesares en el porvenir. El puede seguir viviendo tranquilo; mañana viviría desgraciado, porque es inútil creer en la imposibilidad de la reincidencia mientras vivamos juntos, en esa libertad que nos otorga su misma confianza, su seguridad en la virtud de su esposa y en la lealtad del amigo. Sí, basta con un solo tropiezo, basta con una sola traición; no amontonemos el crimen sobre el crimen, el escarnio sobre el deshonor. Mañana parto.

Un ligero roce, como el que pudiera producir el aleteo de una mariposa entre las flores de un vergel, le hizo volver la cabeza hacia la puerta de la biblioteca.

En el marco apareció la elegante figura de Amelia, vestida con un ligero traje de noche, mal recogido el cabello negro, cuyos rizos caían sobre su cuello como virtas rizadas de ébano.

Venía pálida como el dolor y de sus pestañas pendían algunas lágrimas que brillaban como diamantes engarzados sobre esmalte negro.

—¡Amelia! exclamó por lo bajo Roberto.

La condesa puso sobre sus labios un dedo más blanco que el marfil indicándole silencio.

Después avanzó hasta la mesa, sobre la cual conservaba Roberto el libro abierto, que no había leído. Apoyose de codos en ella, y acariciándose la frente y mirando á Roberto con lánguida tristeza, exclamó en voz tan tenue, que apenas si era percibida por su amante:

—¡Con que te vas á Madrid!

—Sí, Amelia, me voy, contestó Roberto tomando una de las manos de la joven. He reflexionado sobre nuestra situación que es insostenible. Yo te amo, te amo más que mi vida, pero amo más tu tranquilidad y tu ventura. Permanecer aquí es exponerte á una desgracia cierta. El amor es imprudente y ciego; ya lo vez, tú misma, en estos momentos en que cualquier criado pudiera verte atravesar la casa mientras duerme Anatolio, y venir á reunirse conmigo, cometes una imprudencia, Amelia. Mañana la cometería yo buscándote para saciar en tus labios esta sed ardiente de deleites que me abrasa. Y llegaría un día en que este estado febril de nuestros ánimos no fuese para nadie un secreto, porque el amor se denuncia siempre hasta en la mirada, y entonces... entonces, Amelia,

tu perdición y la mía eran seguras. Anatolio no es hombre que se deja arrebatar el honor sin que marquen la fuga rastros de sangre.

—¡Yo estoy loca! murmuró Amelia. Yo comprendo cuanto me dices, veo cuanto ves con tu gran talento, Roberto; pero no puedo resignarme á la idea de verte marchar, á la idea de quedarme sola con tu recuerdo, con el recuerdo de nuestra falta, que ha engendrado en mí los más desapoderados pensamientos, las más absurdas ideas. Tú eres mi cómplice, y á tu lado tendría valor para hacer frente á todo; empezando por mi propia conciencia, tendría valor... hasta para fingir que no te amaba; pero lejos tú, mi tristeza, mi despego, mis lágrimas, tal vez mis sueños delirantes, denunciaran á Anatolio mi pasión; sí, créelo Roberto, yo voy á ser lejos de tí la mártir de mí misma, y el verdugo de mi marido. ¿He sido culpable una vez? pues seguiré siéndolo, aunque sea con el pensamiento; que hay faltas que piden faltas, como hay crímenes que engendran crímenes, una vez lanzado el criminal por la pendiente arrebatadora del delito.

—Cálmate, Amelia mía, cálmate por Dios, decíala Roberto estrechándola la mano.

—No, y no soy yo sola la culpable. ¿Te he traído yo aquí? ¿Te he puesto en contacto conmigo, pobre mujer, unida sin amor á un hombre en la edad en que no podía ni reflexionar, ni resistir? ¿Qué culpa tengo yo de haberte conocido? ¿Qué culpa tengo tampoco de que él, en su ciega confianza, nos haya un día y otro abandonado á nosotros mismos con imprudencia temeraria, como si fuésemos dos estatuas de un panteón que se miran eternamente con sus ojos de piedra sin cambiar el calor de sus helados corazones?

—Pero bien, Amelia: no podrás amarme más que yo te amo. Tú has sido mi primera, mi única pasión cierta: yo la hubiera guardado cuidadosamente en mi corazón, si no la hubiese visto reproducida en el tuyo. Juntas han vivido día tras día sin manifestarse; juntas han estallado en uno de esos momentos en que todo, la casualidad, la hora, el lugar, las circunstancias, la naturaleza misma, comunicándonos los efluvios eléctricos de sus nubes, ha contribuido á que el choque fuera más violento, más rápido, más decisivo. Sin esas circunstancias, aun comprendiéndose, comunicándose nuestros corazones, nuestra pasión se hubiera visto contenida por la reflexión.

E. DE LA CERDA.

(Continuará).

PENSAMIENTOS

Las mujeres defienden mejor su honor riendo que mostrándose graves.

Y es que casi ninguna mujer cae entre risas, sino entre lágrimas.

La reputación de una mujer es un vestido de encajes, que se pasea por un sendero bordeado de espinos.

El amor entra como un rey y se va como un ladrón.

Si la virtud no consiste más que en el número de tentaciones vencidas, muchas pecadoras la tendrían mayor que otras mujeres reputadas por virtuosas.



LA TRAICIÓN (Véase la novela)

CAUSA DE ESTERILIDAD DE LA MUJER

Herbert Spencer lo había dicho: el trabajo intelectual hace á las mujeres menos prolíficas.

Aunque la educación de las hijas de familias ricas no sea todavía lo que debiera ser, considerando que están mucho mejor alimentadas que las pobres y que observan mejor todas las reglas de la higiene, no puede atribuirse su inferioridad fecundante más que al gasto intelectual que hacen de sus fuerzas durante su educación. Esta inferioridad no se observa sólo en el rebajamiento de las facultades de reproducción, sino también en la incapacidad casi general de las mujeres de educación superior para ejercer la función segunda de la maternidad: la lactancia.

Ahora el Congreso médico reunido en Brighton discute este mismo tema: «¿Disminuye el estudio las facultades reproductoras de la mujer?»

La mayoría de las opiniones, de los argumentos y de las estadísticas presentadas al Congreso contestan en sentido afirmativo.

Las estadísticas de las escuelas superiores norte-americanas demuestran que los estudios para los grados de maestras, doctoras y abogadas, no han influido sensiblemente en la salud de las estudiantas. En cambio, las estadísticas danesas revelan que el 41 por 100 de las estudiantas sufren mala salud á consecuencia de los estudios. Pero esta cuestión de la salud no pre-

judga nada, porque la mujer puede ir perdiendo su fecundidad sin que su salud se resienta en lo más mínimo.

De los mismos americanos, uno de los más eminentes, el doctor Clarke, se muestra tan alarmado de los efectos que produce en las mujeres la alta cultura, que dice, que á la vuelta de medio siglo los americanos tendrán que venir á Europa en busca de mujeres si no quieren ver desaparecer su raza de sobre la faz de la tierra.

Los argumentos en que se fundan para declarar que el estudio, es decir, el esfuerzo intelectual, mata en la mujer las facultades de la maternidad, son los siguientes: que el organismo de la mujer es infinitamente más delicado que el del hombre, y por lo tanto se descompone con la mayor facilidad; que el estudio de una misma cosa exige en la mujer doble esfuerzo intelectual que en el hombre: que sabido es que la excesiva concentración del cerebro mata las facultades generadoras.

En vista de estas razones científicas, la mayoría de los congregados en Brighton están conformes en que si continúa progresando la educación superior que en los Estados-Unidos, en Inglaterra y en Alemania se está dando á las mujeres, dentro de algunas generaciones la mitad femenina de aquellos países será impropia para las funciones de madre.

